

Quizás fue en los años de colegio, quizás más tarde en la universidad, o después en los afanes de la vida profesional. Lo importante es que dentro de usted había un deseo de dar más; un deseo tal vez inconsciente, con una raíz desconocida, pero evangélica, inmutable y apasionante como una aventura arriesgada y temeraria. Y el día que usted, débilmente o con decisión, pulsó en la puerta de aquel hombre, presentía que se había alistado para una empresa nueva. Tan vieja y tan nueva como la perfección: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos».

No siempre nos derriba Dios violentamente en nuestros caminos como a Pablo en la ruta de Damasco, ni siempre nos ofrece una dirección concreta e indiscutible: «Ananías, calle Recta. Ciudad». Pero siempre todo primer paso hacia este o aquel director espiritual es un paso de quien se levanta del polvo, y un poco ciego, con sus manos extendidas, busca la luz que desea y presiente y encuentra, en aquel hombre que Dios puso en su camino.

En la vida hay alguna vez, o muchas veces, una sacudida brusca de Dios, a nuestro aprendizaje de persecución a lo Pablo; y para nuestra ceguera hay una oftalmología a lo divino en esos especialistas de la limpieza de corazón que encienden otra vez la luz de nuestros ojos para que podamos ver a Dios.

En nuestro tiempo parece que el alistamiento voluntario para la aventura obligatoria de la perfección supera al de tiempos pasados. Quizás la sinceridad de nuestros días ha descubierto en el alma una generosidad aventurera como un sueño juvenil. La transparencia de nuestra sinceridad ha descubierto en la propia vida el remanso de Dios que sólo creímos posible en un claustro y unos cipreses que agitan suavemente en su copa la paz y el sosiego.

Buscando el camino

«Yo también quiero la perfección». Esta es la traducción de nuestro primer contacto con esos hombres de Dios, guías de almas.

Usted debe llevar la convicción de que ha dado un paso hacia Jesucristo, porque de alguna manera espera encontrarlo, detrás de las palabras, la sonrisa, las enseñanzas y los consejos de ese hombre que ha escogido como director espiritual.

Y debe exigir a Cristo. Y rechazar las mixtificaciones y las glosas. Porque usted



Dirección Espiritual

busca a Cristo, y nada más. Porque Cristo dijo una vez: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (1).

He leído en una revista de espiritualidad de nuestro tiempo, un artículo señalado con el signo de la sinceridad y la autenticidad con que reconocerán nuestra época los que vengan después de nosotros, estas palabras que debían ser como la condición puesta por el dirigido en ese contrato bipartito que es la dirección espiritual:

«El sacerdote debe ser quien muestra Cristo a los demás. Los sacerdotes que yo he encontrado hasta ahora me han hablado de muchos asuntos religiosos; pero poco de Cristo, que vive en nosotros y en medio de nosotros» (2).

La primera lección es fácil. Usted dijo: —Yo quiero la perfección. Pero, ¿qué es la perfección? Y a esta primera pregunta ha de contestar su director espiritual, porque hay una perfección general y universal, y después está la perfección de usted, concreta como usted mismo, su vida y su circunstancia. La perfección está ahí; pero, ¿por dónde llevo yo a la perfección?

Si nos preguntásemos solos muchas veces estas cosas, o nos detuviésemos solos en el cruce de tantos caminos, con tantas flechas indicadoras, podríamos oír una voz, tal vez la voz de Dios, que endereza nuestra pregunta. O sentir el rumor alado de una espiritual ordenación del tráfico de los hombres hacia la perfección, que orienta nuestra incertidumbre.

Dios puede hablarnos cualquier día cara a cara como a aquel personaje de Vittorio Calvino en «La torre sobre el gallinero»; o puede venir el ángel urbano y decirnos: «Siga usted por aquí». Pueden venir y hablar. Y habla Dios y hablan sus ángeles; pero no siempre con las palabras de mi idioma sin secretos, o con la visibilidad de un ángel bíblico en los caminos de Tobías. Hacen falta los intérpretes y los especialistas de la palabra y los caminos de Dios (3).

Algunos quieren tender la mano a Dios directamente, sin intermediarios, porque dicen que Dios y nadie más que Dios es el guía de sus almas. Pero no saben medir la distancia a Dios cercano, y su brazo, estérilmente extendido a un Dios en la lejanía, queda siempre apuntando en el vacío, con ese movimiento impreciso que tienen los brazos de los ciegos.

Sí; Dios es el único guía de las almas. Dios que nos habla por Jesucristo. Y Jesucristo por su Iglesia. Y la Iglesia por sus sacerdotes. Esto parece elemental; casi tanto como aquellas palabras de Jesucristo: «*Quien a vosotros oye, a mí me oye*». (Lc 10, 16).

M. Olier, buen especialista de almas, hace casi un siglo escribía estas cosas:

«No sólo los sacerdotes reciben su gracia de Nuestro Señor, sino que, en cierto modo, puede decirse que en la Iglesia no hay más que un sacerdote que es Jesucristo, Y de semejante manera podemos afirmar que en la Iglesia sólo hay un Director que es Jesucristo. Quiere conducir Él solo todos los fieles por medio de los sacerdotes y hallarse en todos los directores para gobernar las almas que les son confiadas» (4).

(1) Prescindimos ahora, por no extendernos demasiado y porque no pretendemos otra cosa sino hablar de la dirección espiritual en líneas muy amplias, de escribir sobre ese punto de nuestro tema que sería la idoneidad del sacerdote para dirigir almas. Sin embargo, transcribimos en el recuadro, por parecernos interesante, el resultado de una encuesta entre jóvenes que nos dicen lo que piden a su director espiritual.

(2) *La Méditation du laïc*. Christus. Cahiers spirituels. 6 (abril, 1955) 261.

(3) Quizás el lector ahora se pregunta: ¿Y si ese intérprete, ese especialista, se equivoca y me guía por un camino que no ha trazado Dios para mí?

Santa Teresa afirma que puede equivocarse el director; pero nunca el dirigido que sigue las indicaciones de su Padre espiritual. (Vida, c. 26; párrafo 5).

Y es que Dios, en su providencia, trazará atajos que nos lleven al camino verdadero cuando nuestra ruta se ha desviado.

(4) *L' esprit d' un directeur des âmes*. París, 1859.

Si extendemos las manos con deseo verdadero, no ficticio e insincero, de encontrar a Dios, nuestra meta está cercana: Es el sacerdote que sale a nuestro encuentro en nombre de Jesucristo.

San Pedro Canisio, profesor de la Universidad de Ingolstadt, y apóstol de Alemania en los tiempos difíciles de la Reforma, encontró en medio del camino de su vida a Nicolás Van-Esch. El recuerdo del maestro espiritual está al lado de Pedro Canisio como un beneficio de la bondad y la misericordia de Dios a quien agradece el haberle dado «un maestro para formarme en la piedad, ejercitarme en la virtud y ocuparme con celo diariamente no en mis intereses vanos, sino en lo que tengo de más íntimo: mi perfección y mi salvación».

En marcha

Es posible que usted arribe al director espiritual con un baje de parálisis, como aquel judío de los treinta y tantos años junto a la piscina de Betesda, y que en sus labios haya la amargura del «no tengo hombre». Para la parálisis hay siempre una mano extendida que bendice y perdona y levanta del lecho estéril: «Ego te absolvo» (5).

Cuando usted sea hombre ágil porque ha arrojado por la borda el lastre de su vida parálitica, y empiece a elevarse, apuntará con cierta sencillez de aprendizaje problemas que serán iluminados por la luz nueva y certera de las cosas de Cristo. Aquella pregunta, «¿por dónde llevo yo a la perfección?», será el comienzo de un intercambio luminoso.

Si es usted un hombre joven, un muchacho de nuestra universidad, por ejemplo, traerá, con la ilusión del arreglo, sus cosas rotas: sus estudios y sus lecturas; el criterio que oyó en clase y registró la sensibilidad de su cristianismo; ese asunto de la película de tesis y de la novela que todos leen; la cuestión de sus amigos y de sus amigas; su descanso y su trabajo.

ENCUESTA ENTRE JÓVENES QUE NOS DICEN LO QUE PIDEN A SU DIRECTOR ESPIRITUAL:

»Lo que le pedimos es que nos hable de Cristo.

»Lo que esperamos de él es ver que también él vive de Cristo para ayudarnos a vivir nosotros la misma vida. Queremos un sacerdote espiritual, de vida interior, y no un hombre con muchos asuntos entre manos, jugador de fútbol, o muy hábil para subir por una escala de cuerda.

»Buscamos un testigo de Cristo que nos enseñe su doctrina y su moral, nos comuniquen su gracia, y nos ayude luego a producir sus frutos. Debe poseer los conocimientos necesarios para darnos esta instrucción adaptada a nuestras necesidades, y enseñarnos con el ejemplo la práctica de esta moral. Por consiguiente, celo apostólico, conocimiento del corazón humano, y energía de carácter para permanecer fiel a su misión.

»¿Su misión y su actuación esencial? Darnos a Cristo por la palabra, por los sacramentos, por su testimonio de vida y su unión con Cristo por la oración.

»Que nos dé ejemplo de vida espiritual personal. Y asimismo algo más que una educación espiritual: una vida espiritual cuyos impulsos los dé él, el sacerdote.

»Nuestra santidad depende de la suya».

De una encuesta publicada en *Études Carmelitaines*, 1951. La *direction spirituelle des jeunes*, ANDRÉ DÉRUMAUX.

(5) A veces suele proponerse la cuestión de si es necesaria la identidad de confesor y director, o pueden ser dos personas distintas. La confesión no es sólo escuchar pecados y dar la absolución. El confesor ha descubierto las necesidades del penitente, y tal vez ha adivinado las cosas que Dios quiere para aquella alma. Tendrá que ser consejero y enderezar los caminos. Por eso parece más provechoso que sea un mismo sacerdote confesor y director. Y esto es aconsejable. Sin embargo, puede ser totalmente compatible una dirección separada de la confesión. El espíritu de la Iglesia, más acentuado que nunca en el actual Derecho Canónico, deja a los fieles en entera libertad.

Si es usted un hombre en la madurez profesional traerá la variedad de su vida dispersa: sus obligaciones profesionales con sus tentáculos morales y económicos; la educación de sus hijos y su debilidad o fortaleza ante ellos; su vida conyugal; sus problemas laborales; su vivacidad impetuosa o ese defecto de carácter que mina una paz familiar. Y tantas cosas.

Todo lo volcará sobre la mesa de su director, amontonándolo allí, para ver si puede hacerse algo con todo aquello. Y esta mesa revuelta, como un rompecabezas vital, será ordenada y compuesta entre los dos. Y usted abriendo unos ojos muy grandes, mirará esa figura que ha formado con los retazos de su vida. Y la armonía de sus colores, y el orden y la jerarquización, y el camino cierto que puede recorrer con ella le moverán a abrazarla y quererla vivir así, sin descomponerla otra vez en colores sueltos y piezas que no encajan, dislocadas o inútiles, o nocivas.

El enfoque de esa dirección espiritual, más que de primeros planos, será ahora proyección panorámica de toda su vida, que va a recibir el matiz y la luz de los asuntos de Dios.

Y tantas cosas de nuestra vida diseminadas antes, serán atadas en gavilla para formar un solo quehacer. Esta unidad sorprendente que se insinúa, es un primer descubrimiento en esta aventura de la perfección. Motivo de gozo como aves maríneas que prenuncian la tierra cercana. Ya le será gozoso llegar a cualquier playa de la vida, porque en todas le espera, tierra adentro, la bienvenida del Señor. Tierra adentro, porque Dios nos quiere en lo profundo.

Cuando tengamos equipada la vida, nuestro guía, en nombre de Dios, dará la voz de marcha, y comenzará el camino tierra adentro, Dios adentro.

Ya sabe usted por dónde llega a la perfección. Ahora tendrá que caminar mucho, y se cansará. Y no le conviene estar solo cuando se canse y, sentado al borde del camino, mire atrás; cuando dude de su espíritu aventurero y tenga abierto el sendero de la vuelta, porque no hay aquí naves quemadas sino listas para el regreso, y le basta para volver, sólo eso: cansarse y dudar de su empresa.

Pero si está a su lado el hombre de Dios, y usted quiere apoyarse en él, su voluntad encogida se pondrá otra vez tersa y vibrante con la tersura y la vibración de ese «quiero», que es un redoble de campaña y combate.

Y no será el hombre de Dios, sino Dios que habla en su hombre. Palabra de Dios, única capaz de alzarle del borde cansado del camino. Dios que le llama, y su voz y su acento descubren otra vez el lugar en que se esconde. Es la llamada de Dios alma adentro, llamada que invita a acercar nuestras manos a las suyas extendidas hacia sus hombrecillos, pequeños, pero cargados de un bagaje divino que hay que dejar en las manos de Dios.

La última etapa

Cuando queremos buscar un itinerario en las rutas de la perfección, y cuando nos cansamos en ese camino, tenemos necesidad del hombre de Dios. Ahora, cuando Dios está cerca, no podemos dejarlo.

«La Providencia ha dispuesto que los hombres no puedan llegar a un grado más elevado de santidad, cuando son llamados a él, sin ser guiados por otros hombres... Los que aspiran a una más alta perfección, precisamente porque recorren un camino menos frecuentado, están más expuestos que los demás a caer en el error, y por eso necesitan más que nadie el auxilio de un maestro y de un director» (6).

(6) León XIII en carta al Obispo de Baltimore, 22 de enero de 1899. AAS. 31 (1898-99) 471 ss.

En estas rutas de montaña es indispensable el guía. Como Dios está a la vista, el alma tiende a Él impetuosamente, y los deseos vehementes pueden crear los espejismos que fingen senderos apacibles donde hay piedras movedizas y grietas profundas.

Hay la tentación de esa vieja audacia de prescindir del otro, porque ya el soplido de Dios se adivina cerca, y el camino hacia Él es como el paseo cotidiano y la vereda que recorremos todas las tardes. Es entonces el tiempo de las fáciles ilusiones y de los engaños, nuestros y del demonio que quiere desviar la ruta que lleva a Dios.

Santa Teresa que conocía bien los caminos de los hombres hacia Dios, tiene algo que decirnos para nuestras excursiones de alta montaña:

«Anden con gran recelo, crean que tienen bien que temer... hagan oraciones, anden con humildad y supliquen al Señor no los traiga en tentación; que cierto, a no haber esta señal, yo temo que andamos en ella. Mas andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor y tratando con él con verdad y llaneza, que, como está dicho, con lo que el demonio os pensare dar la muerte os da la vida, aunque más cocos e ilusiones os quiera hacer» (7).

Los resortes de Dios

Todo este intercambio contractual de director y dirigido, ese marchar codo con codo y corazón con corazón, que hemos esbozado más arriba, exige una trama, un mecanismo interior con resortes que Dios maneja.

Gracia de estado llamamos a una gracia especial que Dios comunica para desempeñar una actividad determinada que va unida, consecuentemente, a un estado de vida. Así marido y mujer tendrán una gracia especial de Dios para el buen cumplimiento de sus obligaciones matrimoniales.

Podríamos hablar de una como gracia de estado para el director espiritual. Sus hábitos de virtudes infusas y dones del Espíritu Santo tendrían una finalidad amplia y eficaz en la dirección espiritual.

Pero, ¿quién tiene esa gracia de estado para dirigir almas? Dios escogió a un hombre con una vocación y elección libre, para llevar las almas hacia su Señor. Pero esta elección y vocación de conductor de almas es, generalmente, parte de una vocación mayor: de la vocación de aquellos que son llamados a la vida apostólica de la Iglesia y por la imposición de las manos son consagrados ministros de Jesucristo.

Así la vocación al sacerdocio, que esencialmente es sacrificadora, es también para muchos vocación a la dirección espiritual; y la gracia sobrenatural sacerdotal, es gracia de estado para la conducción de las almas, aunque Dios puede condicionar esta gracia de estado a la capacidad divina y humana del sacerdote que ha preparado el camino a la Providencia con su aptitud instrumental.

En esta trama encubierta de Dios, otro resorte que sólo Él tiene en sus manos omnipotentes, es la preparación receptora en el alma del dirigido. Es el segundo elemento necesario para la coordinación perfecta y eficaz del sacerdote y el hombre que quiere la perfección.

De aquí el matiz activista, eminentemente activo, de las almas dirigidas que han de colaborar con el director. Una colaboración semejante a la que el director debe prestar a Dios.

(7) Camino de perfección, c. 40, párrafo 4.

Esto les hará abrirse en coyuntura al injerto de la gracia de Dios, que será también una gracia de estado del dirigido: la docilidad del entendimiento y la voluntad y el corazón, que comprende, y quiere y ama los caminos y las enseñanzas del director (8).

Cuando se enlazan Dios y el hombre en un acoplamiento de ajuste milimétrico a través del sacerdote, se ha realizado uno de esos fines por los que vale la pena el sacrificio de la vida. Es una divina artesanía, trabajo de filigrana, pieza a pieza, con ese barro de siempre tan moldeable cuando hay manos de buen alfarero.

(8) Esta sumisión no supone abdicación de la libertad y de la personalidad. Más bien nos hace «señores de nosotros mismos», como diría Santa Teresa, «dándole (al Señor) la voluntad limpia, para que la junte con la suya». (Fundaciones, cap. V, párrafo 12).

